

Todas íbamos a ser reinas:
Mistral entre el archivo normativo, la herida y el
estallido social chileno del 2019

We Were All Going to Be Queens:
Mistral between the Normative Archive, the Wound,
and the 2019 Chilean Social Uprising

JUAN PABLO PÉREZ FARÍAS

Universidad Central

RESUMEN

Desde este cuerpo en revuelta que me habita, este ensayo nace como una lectura disidente, subjetiva y situada de Gabriela Mistral, pensada a partir del temblor político y afectivo que fue el estallido social chileno de 2019. Desde una autoetnografía afectiva, más cercana al cuerpo que al método, me dejo guiar por el resurgimiento de su lengua, esa que vuelve desde los márgenes del archivo normado, como herida aún abierta que se convierte en consigna, en promesa rota y en símbolo de cuerpxs excluidxs. Ahora bien, no vengo a conmemorarla. Más bien, la vengo a hacer parte de una genealogía de emociones y disidencia que late en lo que no encaja, en lo que duele, en lo que fue expulsado del canon. Desde ese lugar incómodo, donde el deseo cifrado, la pedagogía de la desobediencia y la poética de la herida configuran un cuerpo textual insurgente, tejido a partir de varixs autorxs disidentes latinoamericanxs, cuyos conocimientos desobedientes no solo incomodan, sino que también arden con este ensayo. En este sentido, pienso en textos que surgen desde el borde como una acción poética-política. Pienso en Lemebel, quien antes de morir, literalmente

quemó el abecedario, como gesto último de una poética radical que se resiste a ser domesticada. Dialogo también con los textos de las Yeguas del Apocalipsis, la pedagogía subversiva del colectivo Las Tesis, el trabajo de Susy Shock y otros textos queer/cuir que penetran desde el Sur como una herida abierta. Por lo mismo, desde este lugar converso con Butler, Bell Hooks, Preciado y Muñoz no para adornar el texto, sino porque sus voces también se han escrito desde la herida. Porque al igual que yo, cargan con esxs cuerpxs marginados. Junto a ellxs, me pregunto qué puede hacer un archivo oficial cuando el cuerpo de alguien como Mistral, simplemente, ya no cabe en él. Finalmente, y por ahora, sólo quiero dejar que la lengua de Gabriela me toque, me incomode, y me empuje a escribir (nos), como podamos, desde donde no encajamos y quizás, nunca quisimos encajar del todo.

Palabras Clave: *Gabriela Mistral, escritura disidente latinoamericana, autoetnografía, pedagogía queer/cuir, archivo afectivo.*

ABSTRACT

From this body in revolt that inhabits me, this essay is born as a dissident, subjective, and situated reading of Gabriela Mistral, conceived from the political and affective tremor that was the Chilean social uprising of 2019. Through an affective autoethnography, closer to the body than to method, I let myself be guided by the resurgence of her tongue, the one that returns from the margins of the regulated archive, as a still-open wound that becomes slogan, broken promise, and symbol of excluded bodies. I am not here to commemorate her. Rather, I come to make her part of a genealogy of emotions and dissidence that pulses in what does not fit, in what hurts, in what has been cast out from the canon. From that uncomfortable place, where encrypted desire, a pedagogy of disobedience, and the poetics of the wound configure an insurgent textual body, this essay is woven from various Latin American dissident authors, whose disobedient knowledge not only unsettles, but burns along with it. In this sense, I think of texts that emerge from the edge as poetic-political action. I think of Lemebel, who before dying, literally burned the alphabet as a final gesture of a radical poetics that refuses to be domesticated. I also enter into dialogue with the texts of the Yeguas del Apocalipsis,

the subversive pedagogy of the collective Las Tesis, the work of Susy Shock, and other queer or cuir texts that pierce from the South like an open wound. For this reason, I speak here with Butler, bell hooks, Preciado, and Muñoz not to embellish the text, but because their voices too have been written from the wound. Because, like me, they carry these marginalized bodies. Alongside them, I ask what an official archive can do when the body of someone like Mistral simply no longer fits within it. Finally, and for now, I only want to let Gabriela's tongue touch me, unsettle me, and push me to write ourselves, however we can, from where we do not fit and perhaps never really wanted to.

Keywords: *Gabriela Mistral, Latin American dissident writing, autoethnography, queer/cuir pedagogy, affective archive.*

Introducción

Este ensayo no nace necesariamente de una voluntad explícita de contribuir al debate académico. Más bien, nace porque me remeció la figura de Gabriela Mistral, esa que me enseñaron a recitar sin sentir. En medio del estallido, vi su nombre y su imagen en las paredes y pancartas, y ya no era la del currículo educativo. Era otra. Una Mistral rabiosa. Más mía y de todxs. Ya no volvía como una figura solemne, sino como una frase escrita con rabia en las paredes: “Todas íbamos a ser reinas”. No llegaba como poema amoroso y subordinado, sino como herida abierta. Como consigna de lucha y denuncia de aquella promesa rota.

Una Mistral mezclada con los gases lacrimógenos, los cuerpos mutiladxs y los cantos desgarrados de furia, reapareció como un símbolo vivo de aquella memoria que estaba circulando pero que, hasta ese momento, nunca fue oficial. Como una lengua desviada que, sin pedir permiso, transitó por la marcha, los gritos y lxs cuerpos en resistencia. Y entre esxs cuerpos que marchaban desde la exclusión, estaba el mío. Un cuerpo enseñado y leído, sí, pero desde un discurso normativizante, blanqueado de identidad, de clase y de género.

A Mistral se la mostraba domesticada, como madre pedagógica, figura institucional para un país que necesitaba premios, pero no disidentes. Nunca fue vista como un ser, sino como una categoría de cuerpo feminizado al que se le colgaron medallas, se le pusieron flores y se le callaron todos los deseos. Sin embargo, en las calles del estallido, su imagen reapareció tomada por la contracultura chilena: rayada en los muros, gritada en las performances, intervenida con glitter, odio y plurinacionalidad. Ya no era la Mistral de la escuela o los billetes, era la Mistral travesti, lesbiana, indígena, excluida. Aquella Mistral que nunca pudieron domesticar del todo. Una apropiación contrahegemónica que, paradójicamente, quizás ella habría rechazado, pero que la volvió cuerpo en resistencia durante la revuelta chilena.

De ahí que este temblor no sea sólo de ella. Es el temblor de quien creció en un país donde te hacían repetir como loro los poemas de Mistral, pero nadie te explicaba por qué dolía recitarlos. Me hicieron memorizarla, pero jamás sentirla. Me la enseñaron como santa, no como cuerpo. Y es precisamente desde su manera e identidad femenina que Mistral miró el archivo para tensionarlo y volverlo poroso. Desde esa vulnerabilidad, al menos parcialmente opaca, se gestó una fisura por la que hoy podemos escribir(nos).

En ese mismo sentido, en el colegio durante mi infancia, Mistral era como una medalla colgada en la muralla. Era parte de la decoración. Un nombre en los cuadernos, una autora etiquetada como “madre”, “profesora” y “premio Nobel”. Una mujer llena de medallas, sí, pero también vaciada de humanidad por la mirada que no la vio nunca como un ser, sino como un cuerpo rentable, obediente, premiable. La convirtieron en estatua antes que en persona. Lista. Empaquetada. Como si no hubiera nada más que buscar. No obstante, su forma de escribir me incomodaba. Como si debajo de lo que leía había algo oculto, algo que dolía. Pero no me lo explicaban.

Por lo mismo, escribo a Mistral desde el temblor, desde lo afectivo, desde lo que no entra en los marcos sociales. Lo que se siente, más que lo que se demuestra. La forma en que escribo es mi

forma de no quedarme callado (Preciado 2011; Perlongher 1997; Sutherland 2020). Una forma que, al igual que Mistral, irrumpe en el sufrimiento y lo libera. En este sentido, no tengo todas las respuestas, pero tampoco busco tenerlas. Más bien, busco dejar preguntas abiertas que nos inviten a pensar: ¿cómo se inscribe el género en nuestrxs cuerpxs?; ¿qué pasa con aquellas memorias que no calzan en los archivos oficiales?; ¿qué lugar le delegamos a la rabia o al deseo que proviene de la lengua de Mistral, cuando el país arde?

Entonces, desde ese lugar político y afectivo, es que este texto se inscribe. Desde el temblor. Desde ese sitio donde el cuerpo se mezcla con la rabia, donde algo pide a gritos salir, aunque no sepa aún cómo descifrarlo. No hablo de un temblor de tierra, sino de ese temblor donde la lengua se traba hasta perder la respiración. Porque el temblor nace cuando el cuerpo ha sido negado por siglos. Cuando el saber público lo nombra cuerpo indeseable o indigno de sentimientos. Escribirse desde ese lugar es desobedecer al archivo biológico o divino que impuso lo humano como norma. Ese temblor aparece para decirnos que lo que duele no tiene nombre. Es algo interno, pero también político. Desde esa orilla donde nos dijeron que no había nada que valiera la pena. Pero sí, hay algo. Hay verdad. O al menos una rabia que exige palabras.

Como he dicho antes, esta lectura de Mistral no nace de ninguna autoridad teórica, sino más bien desde la marginalidad. Desde un cuerpo que históricamente no ha entrado en el relato oficial. Y si dialogo con los feminismos, con lo queer y con lo decolonial, es porque también escriben desde afuera, desde un lugar situado y dolido, no como una moda teórica, sino desde cuerpxs que escriben desde la herida. Porque, ¿desde dónde escribo yo si no es del cuerpo doliente que no calza con lo hegemónico? Aquí no se trata de definir si Gabriela fue o no lesbiana, feminista o queer. No vengo a desempolvar secretos como un fiscal ni entrar en etiquetados post-mortem. No es lo que deseo. Lo que me importa es abrir preguntas. Dejar que nos empape la

ambigüedad. Quedarme en esa zona incómoda donde el deseo no se dice, pero se siente.

Así, quiero leer a Mistral no desde una identidad fija, sino como una disidencia performativa (Butler 2001). Y así también, como un archivo vivo que interpela desde lo que no encaja. Desde la herida, desde lo que fue silenciado por el relato oficial. Mistral, que fue reapropiada por la contracultura del estallido social, confronta al archivo normativo al volverse una imagen disidente, un cuerpo travesti, una palabra que se desvía. Interpela desde la marginalidad, no para completarse, sino para abrir aún más herida: lo que no encaja no busca encajar, sino hacer estallar la forma que lo quería excluido.

Desde ahí, para mí, escribir desde el cuerpo no es una confesión, ni un desahogo. Es una forma de decir lo que me enseñaron a callar, para no molestar, para encajar sin hacer ruido. Escribo como marica que fue niño sumiso que, al igual que Mistral, sintió la extranjería del afecto (Lemebel 1998). Esa sensación de sentirse afuera ahora es mi forma de escribir. En este camino, me acompañan lecturas que también escribieron desde el dolor. El ensayo de Riquelme Loyola sobre los muros del GAM (2021), la exposición Palimpsesto y las críticas de Elías Sánchez (2021) que me orientan a pensar desde el rayado, desde lo borrado, desde lo que queda fuera del relato público. Porque el rayado no busca representar una idea, sino marcar una presencia desde la contingencia, desde el exceso que no cabe en el marco. Como en esos muros de la revuelta que se negaban al blanqueamiento, donde el trazo insistía, aunque lo borrarán.

En ese sentido, Mistral se vuelve también en un archivo vivo que interpela desde lo que no encaja. No lo hace desde las estatuas ni desde un acuerdo simbólico, sino desde el desborde, como cuerpo que no es estático, sino que interrumpe constantemente. Por eso, no vengo a ordenar nada, sino a dejar que la lengua de Mistral nos desordene un poco. Por lo anterior, este ensayo se mueve en cinco movimientos: Primero, “Mistral en llamas”, aparece su figura durante el estallido no como estatua ni homenaje, sino que como consigna viva: una promesa rota escrita en las

paredes. En segundo lugar, “Pedagogías de la desobediencia”, se detiene en su lengua insurrecta, que escapa de la sala, de los archivos y de las normas. Tercero, “El deseo oculto”, mira hacia sus cartas y silencios, donde se filtra un deseo que no se nombra pero que, se siente. En cuarto lugar, “Poética de la herida”, su escritura aparece no como acto de redención, sino como dolor, como exilio de los afectos. Finalmente, “La promesa rota”, se la lee como parte de una cadena disidente: su voz no se queda en el pasado, sino que, por el contrario, vuelve como una herida presente con forma de advertencia. En definitiva, leer a Mistral desde este lugar es también una forma de resistir. No porque haya sido mi heroína, sino porque su lengua rota, dolida y porfiada sigue abriendo espacios para quienes no encajamos. No nos viene a liberar, pero sí a acompañarnos y susurrar que escribir desde la herida también es una forma de seguir vivos. Y quizás, de no rendirse.

I. Mistral en llamas: el cuerpo vivo de la revuelta

En pleno estallido del 2019, las calles se llenaron de frases que no venían de textos, sino de rabias acumuladas. Y entre todas esas voces, apareció una que nadie esperaba: “Todas íbamos a ser reinas”. No llegó como poema ni como homenaje. Sino que, como una herida, una promesa que no se cumplió. Y esas palabras ya no estaban en los cuadernos ni en las salas de clase, sino que estaban en las paredes, escritas con furia. Esa Mistral que volvió no era la de los actos del colegio, ni del retrato enmarcado en alguna sala de clases. Era una Mistral quebrada, rabiosa y fuera del molde. Ya no era la santa del aula, sino la que se bajó del pedestal de bronce y se mezcló con el humo, los gritos y las mutilaciones. Como dice Riquelme Loyola (2021), *“se descolgó del bronce para habitar la revuelta”*. Por eso, que Mistral apareciera en las protestas no fue mera casualidad. Fue un acto de rebeldía, donde su voz, su tristeza y su rareza se colaron en las calles como si los archivos oficiales se hubiesen dañado. Mientras lxs cuerpxs

caían por los balines, ella también reaparecía en esxs cuerpxs; herida, extraña y ajena. Ya no era un símbolo limpio, sino un consuelo sucio. Una especie de reflejo para quienes siempre estamos al margen.

En ese contexto, esta reapropiación no vino a higienizar a Mistral ni a convertirla en una bandera correcta. Fue más bien eso que Muñoz (2009) llama una “utopía queer”: una manera de devolver el pasado para hacerlo arder en las barricadas del presente. En la contracultura del estallido social chileno, su figura no volvió como un ícono ordenado, sino como una interferencia poética, trazada en los estencil, rayados, cantos y consignas. Un arte callejero contestatario que no la representaba, sino que la desbordaba. Así también, como gritaban Las Tesis en sus performances callejeras: “¡El Estado opresor es un macho violador!”. Sus voces reformulaban lo público como una manera de encontrar justicia afectiva, donde también cabía la lengua de Mistral. En la misma línea, Sean Bonney (2015) nos recuerda que la barricada no es sólo una forma de defensa, sino también un lenguaje, una poética de guerra que interrumpe los sentidos y los incendia. En ese gesto es que Mistral reaparece como un fragmento vivo, no para decirnos quién fue, sino para gritar lo que aún nos sigue faltando. La Mistral que volvió en la revuelta no era un recuerdo. Por el contrario, era un futuro que nos quitaron.

Desde ahí, el arte callejero de la revuelta se convirtió en un desarchivo. No era un museo, era una herida sangrante. Un archivo extraño, emocional y que no pedía permiso. Como dice Halberstam (2005), lo efímero también es saber. Así, los muros del GAM, la expo Palimpsesto y las pancartas no solo citaban a Mistral: la hacían carne. En medio del humo y la rabia de no pertenecer, leer a Mistral fue como volver a tocarla. No con las manos, claro, sino con el cuerpo roto por la historia. Su misma historia. Esa lengua que de niño no entendía, ahora me hablaba desde otro lugar. No desde la sala de clases, sino desde la calle; no desde la clase donde se enseña, sino que desde la clase que resiste. Desde ese dolor abrazante. Como señala Elías Sánchez (2021), “la memoria oficial no sabe qué hacer con los afectos”.

Por eso, Mistral fue empujada a los bronce, a los premios, a los billetes, a una que no incomoda. Se buscó congelarla como figura inofensiva, en lugar de permitir que su lengua nos interpelara.

Mistral en llamas no es entonces un mito, es una grieta. Una fractura del cuento oficial que no nos enseñaron, y que abre espacio para escribirnos desde esa promesa que se rompió. Nosotrxs, cuerpxs en revuelta, no la levantamos como estatua. La dejamos arder para que su lengua nos remueva como un temblor. Y que, desde ese lugar, desde lo torcido, podamos volver a escribir. Finalmente, como diría Susy Shock, “yo no quiero ser una mujer, me alcanza con ser una travesti”. La resignificación de Mistral como un símbolo disidente no busca volverla amable, sino que estrujarla, echarla de menos y volverla un cuerpo incómodo que camina con nosotrxs.

II. Pedagogías de la desobediencia: lengua viva contra el aula y el archivo normado

Mistral fue docente, pero no una cualquiera. No tenía título y enseñaba con lo que tenía: su cuerp, su rabia y su voz. Es más, no necesariamente seguía doctrinas ni programas educativos, sino que enseñaba desde el temblor, pero también desde la rigurosidad del oficio. Fue profesora normalista, disciplinada, estructurada y creyente en el poder transformador del conocimiento. Sin embargo, su transgresión no fue la del desborde caótico, sino la de sostener su cuerpo feminizado, racializado, quebrado, dentro de los márgenes sociales, pero sin ceder al vacío. Mistral enseñaba desde el límite, desde una ternura porfiada —casi feroz— que se vuelve mandato humano. Una ternura como resistencia. Una ternura como manera de no rendirse ante la normalización que la buscaba para deshabitarla. Y aunque la hayan puesto en los billetes y en los textos escolares, su palabra nunca calzó ahí. Por lo mismo, si fue profesora, fue también una desobediente. Una que no se dejó domesticar ni por el Estado ni por los afectos bien portados.

Así, Mistral enseñaba como lo que bell hooks (1994) llamó una “pedagogía transgresora”. Una pedagogía que incomoda, que no repite lo que se le es dado por el discurso heteronormado, sino que, enseñada desde el dolor, el deseo y el amor que se entrega por completo. Para hooks, enseñar también es tocar. Es cuerpo, es vínculo, es temblor. Y en esa misma línea, Mistral no solo enseñaba materias, sino que también enseñaba desde el temblor. Ese temblor que removía las heridas y las expulsaba a través de su lengua. Por eso dijo: “Yo enseño con el cuerpo, con la voz, con el alma en un hilo” (Cartas a Doris Dana s.f.)

¿Y no es acaso esa frase una forma de decirlo todo? Enseñar como entrega, no como trámite. No solo pasar materias, sino abrir la herida. Mistral sabía que su forma de enseñar era una forma de decir la verdad. Por eso mismo, su manera de educar también fue desde afuera: no entraba en la rigidez de las salas ni en los archivos que quisieron acallarla. Fue siempre un cuerpo que desobedecía.

De hecho, esa forma marginal, corporal y afectiva de enseñar fue la que la devolvió con todo en el estallido del 2019. En las calles no apareció la Mistral del currículo educativo oficial, sino aquella que enseñaba desde el margen, desde el temblor. Y cuando digo que temblaba, no me refiero a la debilidad, sino a una manera profunda de resistir. Al temblor como una emoción que chorrea, como un cuerpo que no se acomoda a los mandatos, como una acción que enseña desde las preguntas y el ímpetu. Entonces, Mistral temblaba porque no podía, ni quería, quedarse quieta del todo. Enseñaba desde esa rendija, desde el cuerpo feminizado que cargaba y que no dejaba de sentir.

Esa Mistral, la del temblor, fue la que volvió en el estallido. No la Mistral domesticada, sino la que aún incomoda. En las murallas de la revuelta, su lengua era un acto de rebeldía. Del mismo modo que Las Yeguas del Apocalipsis ingresaron semidesnudos sobre un caballo blanco en la entrada de La Moneda en 1987, entendí que la pedagogía no ocurre solo en el espacio educativo formal, sino también en las acciones de los

cuerpos que interrumpen, irrumpen y cuestionan en los espacios públicos.

Así, Mistral ya no era materia obligatoria de clases, sino un cuerpo que se apropiaba de la calle. Era una lengua y una pedagogía para aquellxs cuerpxs que no encajan, pero que se saben en su derecho de desobedecer. Su manera de enseñar ya no pertenecía al aula ni al Estado, sino que pertenecía a los afectos, desde el vínculo generado entre lxs cuerpxs en lucha. A diferencia de las calles, la escuela la volvió una estatua. Una sin contradicciones, sin tristeza, sin cuerpo, sin deseo. Y más aún, le puso una bandera encima como símbolo de la pedagogía de la obediencia, donde todo lo que incomoda queda afuera. En este devenir, Mistral fue situada como madre, santa y profesora, borrando su exilio, su oscuridad y todo lo que no quiso decir. Tal como señala Preciado (2020), no solo se norma lo que se enseña, también quién lo dice. Es por eso por lo que este ensayo también quiere enseñar, pero no desde la norma, sino desde ese otro lado: desde los afectos, las heridas y el temblor que incomoda.

Desde mi lugar, como disidente, como marica, mi vínculo siempre fue un tironeo con la falta. Me educaron para obedecer, para portarme bien, para encajar. Pero al releer a Mistral, algo me desordenó. Algo que, en su forma de escribir —ya sea en sus frases rotas o en sus silencios extraños— me hizo pensar que la entendía distinto a aquel niño que fui. Una lengua que sentía mía, ya que hablaba desde la tristeza, pero también desde la fisura; no solo como fractura, sino como comienzo de otra forma de iluminar. Como algo que se está por destrozar, pero que primero necesita revelar lo que ha sido ocultado.

Como dijo en “Dolor”, su poema no buscaba consolar, sino abrir. Y fue en ese abrir donde algo de mí también se fracturó: “Tengo miedo de ser en esta vida, lo que no quiero ser: una obediente” (*Ternura*) Así, la desobediencia de Mistral no fue un grito, fue un susurro. No fue pancarta, pero sí una carta escondida. Una carta escrita con jugo de limón que era invisible a simple vista, pero que ardía y se revelaba solo ante el fuego. En definitiva, fue una pedagogía que partía las salas de clases en dos, que

mostraba que también se puede educar desde la vereda de lo raro, lo frágil y, por qué no, desde la rabia. Esa misma que duele.

En este sentido, Mistral no nos dejó una receta, sino un temblor y una forma de desordenar. Por lo tanto, su lengua no venía a cerrar nada. Por el contrario, venía a abrir. A abrir como quien corre un velo sin querer, de forma involuntaria pero irreversible. Una fisura que no debe ser clausurada, sino que debe insistir en la lengua fracturada que, como dice Butler (2004), “hace mundo al ser pronunciada”. En resumen, Mistral no enseñó para formar ciudadanxs modelos. Ella enseñó para que fuéramos cuerpxs que resisten. Y ese es, quizás, el gesto más revolucionario que nos delega. Pues como dijo Francisco Casas: “La poesía está en el cuerpo. La política también”. Y fue desde ese sitio que Mistral nos enseñó, aunque el relato oficial nunca haya permitido llamarlo así.

III. El deseo oculto: archivo íntimo y silencios que incendian

En la revuelta, Mistral volvió como grito y también como un susurro. Como una marca afectiva que se coló en las paredes y también por las fisuras del deseo que no se puede nombrar. En efecto, leerla desde aquí es meterse en terreno pantanoso, porque se adentra en un lenguaje que ha sido censurado por el miedo y el anhelo. Su deseo no se grita, se mueve. Es un deseo enigmático, lleno de silencios que pesan. De hecho, su arte habló por ella más que ella misma. Como señala Jung en *El libro rojo* (2009): “lo que realmente queremos saber es lo que ya sabemos, pero que no nos atrevemos a mirar”. En el caso de Mistral, su lengua no es ausencia, sino presencia que arde desde la oscuridad. Sus textos revelan sin nombrar, como si sus palabras supieran algo que su voz nunca pudo decir del todo. Una lengua filtrada por los márgenes de la conciencia, donde deseo y símbolo se tejen sin pedir permiso. Ahora bien, ese deseo que también fue exilio se ve con fuerza en lo que tuvo con Doris Dana. Ahí está el archivo más íntimo y, quizás, el más incómodo de todo lo que Mistral

dejó. No porque sea un escándalo, sino porque muestra a una Mistral que desborda ternura, apego, miedo y erotismo. En esas cartas, que nunca pensó publicar, aparece una Mistral que se escapó del Estado chileno, el cual no supo o no quiso mirarla de frente.

No es casual, entonces, que estas cartas hayan estado escondidas tanto tiempo. Representaban un peligro para el mito instalado de “madre sin deseo”. El amor por Dana no tenía lugar en los bronceos ni en las medallas. No era una propiedad del Estado chileno, no se podía exhibir como el hogar ni nombrarse territorio ganado. Era un amor sin títulos, sin papeles, sin pertenencia legítima. Tal vez por eso dolía más: porque no podía decirse, y, sin embargo, habitaba en Mistral.

En ese sentido, ahí donde no había derechos, ni menos inscripción, había un deseo. Y en ese deseo callado pero firme, se incendiaba una Mistral que nadie quiso ver del todo. Tal como Susy Shock lo dijo en su manifiesto: “Venimos a romper el molde, a hablar desde nuestras carnes travestis”, también Mistral lo hizo con el molde medio roto, sin decirlo, pero ardiendo: “Tú eres mía. Tú eres mi casa. Tú eres mi patria.” (Carta a Doris Dana 20 de febrero de 1951)

¿Qué lengua es esa, entonces? Una mezcla de amor con hogar. Un deseo con raíz. Es en esas cartas donde Mistral rompe con la solemnidad del archivo tradicional, ya que no le habla al mundo, sino que le habla a una persona: Doris Dana. Y es precisamente ahí, incluso en esa intimidad, donde desobedece las reglas del género y la patria. Enseña desde el amor, no desde la ejemplaridad. Se inscribe desde lo afectivo, desde un lugar donde el mundo puede rearmarse si hay ternura, necesidad y cuerpo.

Desde esta perspectiva, se ve claro que esa lengua escondida en las cartas a Dana es la misma que ardió en los muros de la revuelta. Una Mistral que se somete, pero no desde el eslogan, sino desde la herida abierta. La misma que en secreto escribía a Dana es la que camina hoy junto a cuerpos marginados, con amores que aún no se pueden decir del todo. Así, una intimidad que fue y sigue siendo política. Pero no una política de discurso o

consignas, sino del cuerpo y su forma de habitar el mundo. Aquí, Mistral se cruza con lo que dice Nelly Richard (2007): hay deseos que no se dicen, pero que igual circulan. Mistral no niega lo que quiere, solo lo esconde. Y al esconderlo, se hace más fuerte. Su deseo no es solo piel: es dolor, fe, ternura desviada. Un deseo que se parte, que no desaparece y que se mantiene vivo por su propia fisura.

En consecuencia, esa tensión no es solo dolor, sino resistencia. Una forma de reiterar en lo imposible: decir sin decir, hablar entre líneas, escribir con silencios. Una performance afectiva y política que no busca nombrarlo todo, sino hacernos sentir lo que no cabe en los márgenes de los textos. Como escribe en Poema de las madres:

“Yo no tengo hijo ni hija:
soy sola, sola en la tierra,
con mi sombra en la cintura
y mi sangre a la deriva.”

Aquí, no hay maternidad gloriosa. Hay tristeza por lo que no fue, por lo que no se dejó ser. Mistral no fue madre, pero sí fue deseante. Un deseo que, aunque botado y silenciado, le dio fuerza a su manera de escribir.

Quizás por eso, no sea casual que las mujeres con las que más se vinculó fueran estudiantes, jóvenes, amigas. Puede pensarse que en ellas había una energía que desafiaba a Mistral, que la interpelaba desde un lugar que ella misma sentía lejano. Tal vez, en esa cercanía, se escondía también una distancia: la de quien se sabe, o sospecha, extranjera de su propix cuerpo. Así, nos deja entrever que su exilio no fue solo político, también fue del corazón.

Del mismo modo, así como la revuelta nos obligó a volver a símbolos que estaban olvidados, también nos empujó a mirar lo que siempre estuvo callado. A leer lo que nadie nos enseñó a leer. Para quienes venimos desde la marginalidad, esos silencios siempre hablaron. Solo que desde adentro. No era falta de palabras, sino otra forma de decir. Porque a nosotrxs también nos

enseñaron a esconder, a disfrazar el deseo, a decir sin decir. Y es que, en la lengua de Mistral, la que no se atrevió a decirlo todo, también se lee a la que se intentó borrar. Esa Mistral que no pudo nombrar ese amor es la que volvió como lengua viva. Una que todavía arde, incluso cuando ya se apagaron las barricadas.

En última instancia, lo queer en Mistral no pasa solo por su orientación. No se trata de preguntar si fue o no fue. Eso sería quedarnos cortos. Su rareza, su desvío hermoso, está en cómo desarma aquel amor que se nos enseñó. Como dice Eve Kosofsky Sedgwick (1990), leer desde lo queer no es buscar escándalos, sino mirar cómo los afectos se esconden, saturan o se mueven. Y frente a todo eso, el cuerpo no explica: responde. A veces con un temblor, otras con una ausencia. Mistral no necesita salir del clóset para incomodar. Basta con dejarse tocar por su lengua dolida y enamorada para conectar y seguir escribiendo desde la ranura.

IV. Poética de la herida: escribir desde el margen

Así como el deseo oculto de Mistral se salía del molde del archivo oficial, su manera de escribir también carga con un dolor que busca eco, no consuelo. Si hay algo que puede definir su obra, es esa forma de volver el sufrimiento en palabra. Mistral no pareciera escribir para glorificarse, sino más bien porque algo en ella se rompe hacia adentro. Tal vez escribe desde esa rotura, desde una grieta que no será cerrada del todo. Y es posible que por esa grieta entre la luz. Como si solo desde ese dolor pudiese nacer lo que escribía: sin adornar el sufrimiento, solo dejándolo sonar; sin tapar la pérdida, solo volviéndola piel, en un cuerpo que tiembla.

No obstante, esa forma de escribir no nace desde lo cómodo, sino —al igual que yo— desde una sensación constante de no pertenecer. No solo por sus viajes o su exilio, sino porque Mistral siempre fue una extranjera desde lo más íntimo. Lo fue en su país, en su género, en cómo se sentía, en sus deseos. Su vida

parece estar atravesada por pérdidas: no fue madre, no fue del todo reconocida, nunca tuvo un lugar fijo donde quedarse.

En este mismo sentido, como nos dijo Lemebel en *Tengo miedo torero*: “El amor es una trinchera, maricón. Y nosotrxs la cavamos todos los días con las uñas”. Mistral también cavó desde un amor que no fue correspondido ni permitido. Sin embargo, esas pérdidas no fueron motivo para detenerla en su forma de habitar el mundo: incómoda y resistente a lo que se espera de cómo hay que ser. Esta forma de ver el mundo se refleja incluso en su docencia, donde aparece con fuerza la no exaltación del rol pedagógico y mucho menos su romanticismo. Lo que se muestra, más bien, es una renuncia. En su poema “La maestra rural”, se puede apreciar la muerte anticipada: “Se ha quedado encorvada de tanto inclinarse / sobre el alma infantil que se le daba en peso.” Aquí, la profesora no aparece como alguien iluminada o inspiradora. Al contrario, se muestra cansada y doblegada por la entrega. No es un faro, es un cuerpo que se rinde por haber dado mucho. Le pasa la cuenta entregarse a lxs niñxs, alumnxs, amores. Porque en esa frase se ve la herida. Una que no habla de pedagogía heroica, pero que igual nos revela el costo de enseñar desde el amor, el afecto y el cuidado del cuerpo.

Es precisamente desde esa herida que no se esconde que Mistral logra hablarnos. Le habla a quienes, igual que ella, caminan torcidxs por sobrevivir, no por vocación ni por fe. Su entrega no fue santa ni deber moral, sino una provocación situada: un gesto performativo de resistencia frente a un mundo que siempre la quiso enderezar. Así, su camino torcido no buscaba libertad, sino perseverancia. Y es desde ese lugar —en medio de la revuelta— su pena se vuelve un símbolo del cansancio, de la rabia de quienes han sido despojadx de la historia, del futuro, de un lugar al cual pertenecer. Por lo mismo, su palabra se vuelve una acción política. No porque Mistral lo haya querido, sino porque su lengua, simplemente, se sale del molde. Como dice Butler (2004), hay mundos que sólo se pueden pensar desde lo que nos destruye. En *Tala*, Mistral lo deja claro: “Tengo un dolor aquí donde no hay nada. / Un dolor que duele cuando todo calla.” Este verso

no es solo una confesión, sino también una pista para leerla completa. Su manera de escribir tiene una herida que no apunta a un momento específico, sino a una forma de estar en el mundo. Una herida que no se puede cerrar porque es parte de cómo se habita ese mundo. Desde aquí, su lengua se vuelve un archivo afectivo de lo que no se puede decir sin romperse: la pena, la pérdida, el amor que jamás se podrá nombrar, una soledad profunda.

En esa línea, como diría Derrida (1976), “nada hay fuera del texto”. Y en ese sentido, incluso el sufrimiento —aunque no tenga objeto— encuentra cuerpo en la lengua. Por eso, los escritos no solo nombran, también sostienen. O al menos, intentan no dejar caer. Desde mi lugar como marica, leer a Mistral es como mirarme la herida de lleno. Esa herida que jamás tuvo nombre, pero que se quiso tapar en el colegio, en la iglesia, con mi familia y mi núcleo cercano. La lengua de Mistral, que al principio me parecía lejana, terminó siendo más mía de lo que pensaba. Porque me enseñó que también se puede y debe escribir desde ese sitio que incomoda, desde lo que duele, pero no se dice. Desde eso que no tiene nombre, pero que sigue ahí, acompañándome.

En consecuencia, como pasa con toda escritura que nace desde el dolor, la fuerza de Mistral no está en ofrecer consuelo ni mucho menos liberación. Ella no escribe para levantar banderas, escribe desde la nada. Y ahí está su fuerza. Escribe para mostrarnos la ruina, no para sanar. Como alguien que ya lo ha visto todo y que no espera nada, pero igual sigue escribiendo. Como quien ya sabe que el amor también puede doler y que el afecto, a veces también, deja huellas.

Así, como escribió Galeano en *El libro de los abrazos* (1989): “recordar: del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón” Mistral, aunque fracturada, hace precisamente eso: nos pasa por el corazón lo que el relato oficial quisiera olvidar. Por todo esto, su manera de escribir no cabe en las postales del día de las madres ni en la santidad de las profesoras ejemplares. Es una poesía porfiada, que se resiste a todos los moldes —literarios, sexuales o sociales— y que se mueve, gime y susurra bajito verdades que dolieron antes de ser dichas. Mistral escribe desde la herida, no

para que se sane, sino para acompañarla. Al igual que en el kintsugi, el arte japonés de reparar lo fracturado con oro, su palabra no esconde lo roto: lo ilumina. Como señala Juniper (2019), “la herida no se borra, se vuelve parte del diseño”. Y en ese gesto, su escritura se asemeja a la revuelta. Porque no solo marchaba en las calles, sino también en la cicatriz que muchxs cargamos. Tal vez por eso, más que buscar respuestas o censuras, este capítulo se abre con y hacia esas grietas. Porque allí donde se nos muestra el dolor, también arde el deseo de otra historia. Una que escribimos, como podemos, desde lo que no encaja e insiste.

V. La promesa rota: Mistral como un susurro de una genealogía disidente

Seguirle el hilo a su palabra fracturada, desde las murallas rayadas de la revuelta hasta las cartas ocultas, desde la sala de clases hasta el cuerpo llorando, nos lleva inevitablemente a una de sus frases más estremecedoras: “Todas íbamos a ser reinas”. Lejos de ser solo una consigna levantada en el estallido, se trata también de una herida con pus. Es decir, una promesa incumplida. Una que no hablaba de cuentos de hadas ni coronas, sino de cuerpxs invalidadxs, de historias marginadas, de deseos mutilados. Por eso, leer hoy esa frase es mirar de frente lo que no fue. Dicho de otro modo, es enfrentarse a un país que no es, a una infancia quitada, a emociones que se ocultaron bajo una pedagogía del miedo.

En este escenario, Mistral no se levanta como una figura solitaria en la historia de Chile, sino más bien como parte de una genealogía disidente que ha sido ocultada, borrada, usada y desarmada a la medida del poder. Se trata de una genealogía tejida por escritorxs, cuerpxs y afectos que no calzan. Así, Mistral, al igual que Lemebel, Donoso, Perlongher y tantxs otrxs, escribe desde lo torcido, desde el margen, desde un sitio que no entra del todo y, por lo tanto, incomoda.

En consecuencia, no fue santa ni mártir; fue puro exceso. Y justamente en ese exceso reside su potencia atrapante. Como decía

Perlongher en su poema *Cadáveres*: “Hay cadáveres en los estantes, en los armarios, en los archivos”. Tal vez, Mistral fue precisamente eso: un cuerpo textual archivado vivo que ya no tenía aire. Un archivo que emanaba deseo, pena y ruptura.

Y es precisamente ese exceso el que nos raspa, nos inquieta y nos mueve. Porque, su promesa rota también es la nuestra. Lxs que crecimos en un país que aplaudía su Nobel mientras, paralelamente, nos adoctrinaban, sabemos bien lo que duelen esas contradicciones. Nos enseñaron a repetir su nombre, pero no sus temblores. A aprenderla de memoria, olvidando su cuerpo. Nos mostraron una estatua de Mistral, pero no aquella que sangraba en cartas o poemas llenos de oscuridad.

Esa es la Mistral que no cabe en el bronce ni en las postales, la que camina con nosotrxs por la calzada de la desobediencia. Como dijo Lemebel en 1995: “no se puede ser marica y no estar herida”. Y Mistral lo sabía, aunque no nos lo dijera. Su lengua tiembla, no por debilidad, sino porque sabe lo que es el dolor y, aun así, escribe. Tal vez no para exponerse, sino porque no se podía callar del todo. Por lo mismo, no es una fragilidad que ella haya asumido, sino una fuerza que, sin pedir permiso, se filtra por la grieta. Una lengua que insiste, que gime, que se niega a extinguirse.

Volver, entonces, desde esa genealogía a Mistral no es un gesto de nostalgia ni un ejercicio académico. Más bien, es un acto de justicia poética. No para situarla en la línea de la historia oficial, sino para trazar una línea alternativa, llena de temblores, afectos y arqueos. Una historia hecha de lo que no se dice, lo que duele, lo que no cabe. Donde el archivo no sea solo letra muerta, sino también cuerpo vivo. Donde la escritura no se mida por la técnica, sino por su capacidad de latir, de insistir de forma permanente. En definitiva, Mistral no está en el pasado. Su lengua rota, su tristeza, su ternura rara siguen siendo recursos para quienes escribimos desde nuestras propias heridas. No porque me represente, sino porque abre una grieta. Una que nos deja colarnos y quedarnos. Resistiendo, nombrando y deseando.

Conclusión: Escribirnos con ella

Este ensayo ha sido una tentativa de temblor. Más que un cierre, ha sido una apertura. Leer a Gabriela Mistral desde el cuerpo, el deseo y la revuelta no pretende fijarla al bronce, sino más bien soltarla de él. No se trató de decir verdades sobre ella, sino de sacudir esas certezas que la llevaron a la estatua, a los billetes, a las aulas normadas. A lo largo de este recorrido, desde su irrupción simbólica en las calles durante la revuelta, pasando por su pedagogía revoltosa, su archivo oculto, su lengua fracturada y su pertenencia disidente, ha emergido una Mistral que aún incomoda, que aún quema, que aún sigue temblando con nosotrxs.

Hoy, en un tiempo donde el archivo se disputa y la memoria se vuelve territorio de pugnas, reapropiarse de Mistral no es solo un gesto intelectual, sino también una forma de resistencia afectiva. Su lengua rota, muchas veces inentendible y otras, desgarrada, se asemeja profundamente a la mía. Y aunque no nos ofrezca respuestas, sí nos da permiso para escribir con la herida abierta, para acompañarnos en ese trayecto.

No he querido aquí decidir si Mistral fue lesbiana, feminista o queer. Más bien, he intentado leerla con los ojos mojados por una historia que aún arde, con la piel abierta por heridas que todavía supuran. La he leído desde la certeza de que su extranjería no es ajena, porque nos habita. Así también, a comprender que su exilio no fue únicamente geográfico: fue también emocional, político, epistémico. Fue ese impulso de seguir escribiendo incluso cuando no había un lugar donde quedarse ni una lengua donde encajar del todo.

Por eso, la pregunta no es cómo clasificarla, sino más bien: ¿cómo leernos con ella? No desde arriba ni desde abajo, sino junto a ella, en la grieta. ¿Qué hacemos con su dolor, que también es el nuestro? ¿Cómo abrazamos esa lengua fracturada que aún nos interpela? ¿Qué memorias rescatamos cuando nos atrevemos a leer sus silencios, sus quiebres, sus fugas? Y, sobre todo, ¿cómo seguimos escribiendo desde nuestras propias grietas, en medio de un país que tantas veces nos ha querido fuera del relato oficial, si no es mirando también cómo Mistral escribió desde las suyas?

Porque Mistral no camina sola. Su lengua doliente y torcida se entrelaza con otras que también han resistido desde los bordes. La acompañan lxs cuerpxs que queman el alfabeto como Lemebel, lxs que irrumpen con glitter en espacios patriarcales como Las Yeguas del Apocalipsis, lxs que gritan con rabia organizada como Las Tesis, y lxs que enuncian desde el margen como Susy Shock. Así, escribir con Mistral es también escribir con ellxs. Porque esta lengua que no encaja no es una sola, sino una constelación de afectos torcidos que no buscan calzar, sino encender la llama.

Tal vez por eso, escribir a Mistral no es simplemente una acción para leerla, sino un acto de revuelta afectiva. Una forma de hacer comunidad entre quienes fuimos enseñadxs a callar. Una escritura que nace desde lo fracturado, lo desviado, desde una ternura que insiste en dejar hablar la herida. Quizás no se trata de entender a Mistral, sino de dejarnos tocar por ella. A que su lengua torcida nos roce, nos sacuda y nos agriete un poco también.

Por eso mismo, la debemos leer no desde la distancia académica, sino desde el cuerpo afectado, desde la memoria dolida, desde la rabia amorosa. Porque escribir a Mistral es, en definitiva, escribirnos con ella. No como discípulxs obedientes ni críctixs distantes, sino como cuerpxs que incendian, que persisten, que hacen del temblor una fuerza para seguir nombrando aquello que aún duele.

En consecuencia, leerla desde el estallido, desde la promesa rota, desde la herida compartida, es un acto de desobediencia. Es también una forma de insumisión. Y, por qué no, un acto de amor radical. Y lo digo también por mí. Porque al escribir este ensayo, también me he escrito a mí mismo en las grietas de Mistral. Porque en su sufrimiento, he sentido el mío. Porque mi ternura es política, y mi resistencia no es solo una idea abstracta, sino un cuerpo que tiene una herida que palpita a diario. Es memoria viva de lo que no quiere olvidarse. Así, durante este viaje, Mistral me ha acompañado mientras la escribía. Porque, como ella, muchas veces he temblado. Y, aun así, sigo escribiendo (nos).

Obras citadas

- Bonney, Sean. *Letters Against the Firmament*. Enitharmon Press, 2015.
- Butler, Judith. *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós, 2001.
- . *Deshacer el género*. Paidós, 2004.
- Derrida, Jacques. *De la gramatología*. Siglo XXI Editores, 1976.
- Galeano, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Siglo XXI Editores, 1989.
- Hooks, bell. *Teaching to Transgress: Education as the Practice of Freedom*. Routledge, 1994.
- Las Tesis. *Un violador en tu camino* [Performance], 2019, Valparaíso, Chile.
- Las Yeguas del Apocalipsis. *Acciones de arte y performances* [Archivo vivo], 1987–1997, diversas locaciones, Santiago, Chile.
- Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón: Crónica urbana*. Planeta, 1995.
- . *Loco afán: Crónicas de sidario*. Cuarto Propio, 1998.
- Muñoz, José Esteban. *Cruising Utopia: The Then and There of Queer Futurity*. NYU Press, 2009.
- Perlongher, Néstor. *El cadáver de la nación*. Editorial Catálogos, 1992.
- Preciado, Paul B. *Pornotopía: Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Anagrama, 2011.
- . *Un apartamiento en Urano: Crónicas del cruce*. Anagrama, 2020.
- Richard, Nelly. *Fracturas de la memoria: Arte y pensamiento crítico*. Ediciones UDP, 2007.
- . *Fracturas de la memoria: Arte y pensamiento crítico*. LOM Ediciones, 2007.
- Riquelme Loyola, Rodrigo. "Palabras en los muros del GAM: Escritura, revuelta y archivo popular." *Revista 180*, no. 46, 2021, pp. 66–81. <https://doi.org/10.4067/S0718-27242021000200066>
- Sánchez, Elisa. *Estéticas del desvío: Poéticas feministas y queer en el arte chileno contemporáneo*. Metales Pesados, 2021.
- . "Memorias ilegibles: Archivo y exclusión en la revuelta chilena." *Revista Nomadías*, no. 31, 2021, pp. 105–117. <https://doi.org/10.5354/0719-482X.2021.64550>
- Sedgwick, Eve Kosofsky. *Epistemology of the Closet*. University of California Press, 1990.
- Shock, Susy. *Poemario TransPirado*. Editorial Muchas Nueces, 2011.
- Palimpsesto. *Exposición colectiva de escrituras de la revuelta*. Archivo de Arte y Activismo, Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM), 2020, <https://www.gam.cl/>.

* * *



Fotografía con dedicatoria manuscrita de la autora al escritor chileno
Oreste Plath, 1938.

© Biblioteca Nacional de Chile - Memoria Chilena, Archivo Gabriela Mistral.
CC0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=72025865>